

LA ALIENACION RELIGIOSA

L Papa ha proclamado el Año de la Fe a partir del 29 de junio.

Y se preguntan muchos cuál es el sentido —en un mundo casi totalmente profano— de esta invitación hecha por el Papa.

La gran revista francesa «Informaciones Católicas Internacionales», acaba de contestar, por boca de nueve teólogos católicos, seleccionados entre los más importantes que hay actualmente en la Iglesia.

Hasta ayer mismo —en vísperas del Concilio—, si un Papa se hubiese planteado esta campaña, los teólogos no se hubieran atrevido a ninguna aportación personal e independiente, sino que se hubieran limitado a secundar la idea, sin verdadera iniciativa o juicio crítico alguno.

Pero no ocurre lo mismo ahora, Monseñor C. Moeller —mi gran amigo y subsecretario de la nueva Congregación del Santo Oficio— acaba de decirnos por qué. Comentando, en una conferencia sobre ecumenismo el Decreto del Concilio, señalaba que hace cinco años hubiera sido absolutamente inimaginable hacer las afirmaciones que han hecho los dos mil quinientos Obispos católicos bajo las bóvedas de San Pedro en Roma.

El cambio lo efectuó Juan XXIII al convocar inesperadamente esta gran asamblea católica. Cuando un periodista le preguntó al Papa: «Pero qué va a hacer con este Concilio», respondió: «No lo sé muy bien, pero en todo caso —señalando a una ventana abierta, dijo— habrá una renovación de aire».

Efectivamente, en la Iglesia hay un nuevo clima, una atmósfera renovada, sin aire rarificado como el que estábamos respirando en años anteriores. Una pulmonía siempre es posible; pero más vale arriesgarse a ella que vivir raquíticamente como estábamos viviendo.

Congar —el discutido dominico francés, que hoy nos parece moderado— ha confesado que proclamar un Año de la Fe es situarse en la reacción psicológica de inquietud que flota en el ambiente: «Pero el Papa no se deja llevar por tal inquietud». En vez de frenar, lo que quiere es evitar el peligro «por medio de una iniciativa enteramente positiva».

Los teólogos consultados subrayan, sobre todo, esta necesidad: no hay que dejarse impresionar por el miedo o la angustia. Los peligros siempre existen, pero la manera de superarlos nunca es adoptando una postura temerosa o negativa: «La fe es una energía, en virtud de la confianza sin condiciones que se le concede a Cristo» (C. Duquoc).

Otro problema básico expresado por estos teólogos es el de la necesaria limpieza que la expresión de la fe requiere. No tratamos de acumular enseñanza a enseñanza, ahogando el sencillo mensaje cristiano en un océano de afirmaciones religiosas, sino de todo lo contrario. Lo que se trata es de «concentrar el contenido de la fe», como dice K. Rahner. Para eso cree este teólogo —el más profundo, sin duda— que hay que predicar para el hombre de hoy en día. Y para ello, el que expone la fe —clérigo o seglar— debe pensar, no en el auditorio creyente que tenemos delante de nosotros, sino «en los vacilantes, incrédulos y ateos, que lo son o que lo creen ser». Así, y únicamente así, predicaremos para nuestro tiempo, porque en el fondo de todo creyente profundo se encuentra el mismo género de preocupaciones que tiene un incrédulo de hoy. Y el que no las tiene, habría que despertárselas, porque si no es un hombre anacrónico con el máximo peligro de perder la fe, a causa del abismo entre él y el mundo de hoy. Como ya no es posible vivir entre las paredes de una fortaleza —se llame Iglesia o grupo sociológico— quien ilusoriamente se quiere resguardar, con esta ficción de una Iglesia-baluarte, se expone a dejar desamparada, por falta de vitalidad y de realismo, a su propia fe religiosa.

«No se trata únicamente de conservar la fe de los cristianos. No se trata únicamente de tranquilizar a los creyentes, sino de asegurar su fe, de tal modo que no sea un simple y frágil resguardo o seguro de vida» (P. R. Tucci, S. J.).

TODO esto no es sencillo. Hay que ser nobles —como el Padre Schillebeekx, O. P.— para confesar: «La fe cristiana atraviesa hoy, sin duda, una crisis que puede ser costosa. Pero soy optimista, porque es una crisis de crecimiento». Se necesita que nos preguntemos los católicos con toda sinceridad —drástica y fríamente—: «¿Qué es lo que la Iglesia ha definido realmente?». Ya no se trata de enfocar la creencia como una especie de jeroglífico sin sentido, que no tenemos más remedio que aceptar. No es algo que se nos dice para ponernos a prueba, haciendo un ejercicio de humildad irracional. Se trata, sobre todo, de buscar, tras las palabras dogmáticas, el sentido que esta enseñanza religiosa tiene para nuestras vidas. Cuando Schillebeekx recuerda el dogma de la Asunción de la Virgen a los cielos, critica a los cristianos que sólo se preocupan de asentir a una idea más o menos comprensible: que la Virgen un día voló al cielo. Lo importante, sin embargo, es repensar el contenido de esta afirmación, y así nos daremos cuenta que María es la primera criatura que se beneficia de la plena Redención, que no es sólo la del espíritu, sino también la resurrección de todo lo corporal. El futuro que espera a los hombres y a las mujeres de este siglo, no es un mundo angélico de espíritus flotando en el vacío, sino una verdadera **resurrección de los cuerpos**: un desarrollo y perfección de la materia vivificada por el espíritu, no una tierra y un cielo distintos, sino una tierra y un cielo renovados. ¿Nos damos así cuenta los cristianos de la profunda e íntima conexión que tiene la vida cotidiana, llena de preocupaciones materiales y puramente profanas, con la vida futura, que se puede decir con todo rigor que ha empezado ya al mover la paleta el albañil, la pluma el escritor o cumplir su profesión la mujer moderna?

UN cristiano, y sobre todo, el católico, tan acostumbrado a defender a ultranza todas las estructuras de su Iglesia, tendrían que hacer de sí mismos y de sus actitudes ante el mundo una profunda autocrítica para que la religión no fuese un elemento negativo en sus vidas, sino un valiente salto hacia adelante.

En el clima que se respiraba a principios del siglo XIX se apreciaba que estaba en el ambiente la idea de que la religión tenía un efecto adormecedor de la realidad. Por que no fue Marx quien inventó la idea de que «la religión es el opio del pueblo» —como ya dije en otro artículo—; ni tampoco inventó la imagen del opio. Creyentes y no creyentes se habían dado cuenta de esta ilusión engañosa antes que él.

En la primera mitad del siglo XIX germinan las comparaciones entre la religión y los narcóticos.

Bauer dice que «la enseñanza teológica se puede comparar, por su influencia, al opio que suprime todo vestigio de sana rebeldía humana y adormece los instintos sanos de la humanidad libre».

Hess cita los tres estupefactores de la época: «El opio, la religión y el alcohol». Porque «la religión puede, sin duda, hacer soportable la conciencia desgraciada de esclavitud o servidumbre... Y, al igual que el opio, rinde buenos servicios en el caso de tener una enfermedad dolorosa... procurando una felicidad pasiva... pero no una energía viril para liberarse del mal».

Goethe hablaba de los predicadores que dirigían la palabra a

por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

los fabricantes y obreros de su región con «sermones narcóticos».

Y Feuerbach estigmatiza los «efectos narcóticos» de la religión que se enseñaba y practicaba.

Toda esta galería de testimonios lleva al ánimo del lector imparcial la convicción de que algo grave pasaba con la religión cristiana en aquellas épocas. Si los cristianos creemos que la religión, en sí misma considerada —al menos la cristiana—, no es alienante; sin embargo, con la misma sinceridad reconocemos que lo ha sido muchas veces en la historia de los hombres porque «sirvió casi únicamente de fundamento para consolarnos y justificar el mundo existente».

Hoy, poco a poco, vamos superando los cristianos esa falsa situación adormecedora de todos los azares de justicia que bullen en el fondo de todo hombre y mujer sinceros. Marxistas abiertos como Ernst Bloch han llegado a distinguir y reconocer la función no narcótica en la religión de los grandes maestros religiosos del cristianismo, de la equivocada función narcótica que tiene en muchos clérigos y seculares representativos del mundo religioso. Las grandes figuras religiosas no son los conformistas, sino los grandes inconformistas como Savonarola —tenido por santo por muchos santos del siglo XVI—; o Santo Tomás Moro, que perdió la cabeza —en el sentido material de la palabra— por ser «obrador de conciencia», y fue canonizado por la Iglesia católica.

YO recomendaría a los católicos, como libro de meditación, alguna obra de crítica descarnada de los factores alienantes de la religión; para que les sirviese de revulsivo a su falso conformismo con la injusticia del mundo, y con los tranquilizantes espirituales que se les suelen suministrar, como si fuesen mercancía religiosa legítima.

El Año de la Fe debe ser el Año de la purificación de la Fe, de la recuperación de los valores enriquecidos del hombre y del mundo que tiene el cristianismo, demasiado ahogados muchas veces entre la hojarasca agobiante con que se le presenta o se le exige a muchos creyentes.

Cuando miremos con ojos limpios al mundo no creyente, a los hombres que aburridos y asqueados de la poca vitalidad constructiva de que dan muestras bastantes católicos, desanimados por la poca honradez humana de muchos hombres que se dicen religiosos, entonces es cuando empezaremos el camino de la renovación de nuestra propia fe.

Si, en cambio, este Año sólo sirviera —o pretendiéramos que sirviera— para complacernos morbosamente, con narcisismo enfermizo, en la proclamación de nuestras ideas humanas sobre la fe, llenas de privilegios de grupo o de engañosas ilusiones, caeríamos en un **triumfalismo** pernicioso que haría alejar a todo hombre noble de nosotros.

Y no se crea que esto es una pura entelequia, un buscar enemigos donde no existen; porque hace bien pocos días le he oído con mis propios oídos a un sacerdote muy calificado, ampararse de unas palabras de Pablo VI para oponerse a todos los seculares presentes en una asamblea católica, porque éstos pedían sencillez y moderación, pobreza y autenticidad, en vez de grandes conmemoraciones exteriores o proclamaciones optimistas de la fe de nuestro grupo.

Si algo celebramos, que sea esta celebración un examen gigantesco de nuestras realidades, de nuestra situación falsa e insincera muchas veces, que desgraciadamente no va dirigida al perfeccionamiento del hombre y del mundo, ni tampoco al estudio de soluciones profundas para los graves males de la Humanidad, sino que pretende equivocadamente la manifestación bulliciosa de lo religioso, a modo de maza con que apabullar a los que no la tienen o creen no tenerla.



¡y
qué
trajes
de
baño!

con

enkaSwing®
fibra elastómera

la asombrosa fibra
extraordinariamente
elástica que permite

una silueta

- * firme
- * flexible
- * femenina

Una fibra resistente al sol
agua, salitre, cosméticos...

¡a todo!

Acostúmbrese desde ahora
a pedir la etiqueta dorada

enkaSwing®

en sus trajes
de baño



Fibra elastómera producida por
La Seda de Barcelona, S. A.

Solicite información a:
Iberenka, S. A. - Apartado Postal 1930

IBERENKA. 8-1.67